Aboab le decidió á trabajar para enterarse de la doctrina oculta. Quizá contenía la cábala, de la cual se hablaba siempre enigmáticamente y con gran admiracion, la solucion de todos los problemas y dudas, constituyendo sus iniciados una comunidad de sabios.

Al dia siguiente á medio dia fué á ver á Aboab, que le recibió cordialmente. Cuando Baruch le expresó su deseo, le dijo que era imposible.

—¿No sabes,—añadió,—que el rabino Ben Adeseth ha prohibido, bajo pena de excomunion, iniciar á nádie en la cábala ántes de que el iniciado tenga veinticinco años?

Baruch insistió. «¿Ignoras acaso, volvió á repetir Aboab, que si al estudiar la cábala, tienes la más mínima intencion mundana, expones á un peligro indecible tu propia vida y la de todos los tuyos? ¿Te atreves á correr tal riesgo? ¿Lo deseas?»

—Lo deseo, respondió Baruch con un tono firme.

Sin añadir una palabra más, cogió el rabino la mano del jóven y examinó atentamente sus líneas; despues le echó el sombrero hácia atrás, y contempló algunos momentos su fisonomía. Volvió á pretender disuadir por todos los medios á Baruch; pero éste insistió en su propósito. «Pues que te empeñas, sea, dijo el rabino; te guiaré para que no te extravíes. Dios me dirijirá por el camino de la verdad. Ven á buscarme esta tarde al anochecer.»

Elasar Mercinon, guardian de la sinagoga, no pudo disimular la extrañeza que le produjo ver al rabino llegar con el jóven al baño de purificacion. «La paz sea con vos, rabino Baruch», dijo cada vez más excitado en su curiosidad. El rabino le prohi-